



LAS PUERTAS DEL SALÓN DEL TRONO SE ABRIERON, Y AHÍ ESTABA ÉL, atrapado entre dos guardias, con las muñecas atadas a la espalda. Tenía el cabello rubio enmarañado, y algunos mechones colgaban hasta su mandíbula. Parecía como si hubiera pasado mucho tiempo desde que había tomado una ducha, pero Winter no pudo detectar señales claras de abuso.

Su estómago dio un vuelco. Todo el calor que el hielo había extraído de ella se precipitó de vuelta a la superficie de su piel.

Quédate conmigo, princesa. Escucha mi voz, princesa.

Lo llevaron al centro del salón, con expresión vacía.

Winter clavó las uñas en sus palmas.

Jacin no la miró. Ni una vez.

—Jacin Clay —dijo Aimery—: se te acusa de traición a la Corona por haber fracasado en proteger a la taumaturga y también por no haber logrado aprehender a una conocida fugitiva lunar, a pesar de haber pasado casi dos semanas en compañía de ella. Eres un traidor a Luna y a nuestra reina. Estos crímenes ameritan la pena de muerte. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

El corazón de la princesa retumbó como un tambor contra sus costillas. Miró suplicante a su madrastra, pero Levana no le estaba prestando atención alguna.

–Me declaro culpable de todos los crímenes señalados –admitió Jacin, captando nuevamente la atención de Winter–, excepto de la acusación de que soy un traidor.

Las uñas de Levana se movían trémulamente sobre el apoyabrazos del trono.

–Explícate.

Jacin se irguió, tan alto y fornido como si vistiera uniforme, como si estuviera en servicio y no en un juicio.

–Como dije antes, no aprehendí a la fugitiva cuando estuve en su compañía porque estaba tratando de convencerla de que yo era confiable, a fin de reunir información que pudiera enviar posteriormente a mi reina.

–Ah, sí. Estabas espiándolos a ella y a sus compañeros –dijo Levana–. Recuerdo que esa fue tu excusa cuando fuiste capturado. También recuerdo que no tenías información relevante que darme, solo mentiras.

–No eran mentiras, reina mía, aunque debo admitir que subestimé a la cyborg y sus habilidades. Era claro que me las estaba ocultando.

–Todo por ganar su confianza –había una intención de burla en el tono de la reina.

–No solo estaba buscando información sobre las habilidades de la cyborg, reina mía.

–Sugiero que dejes los juegos de palabras, sir Clay. Estás agotando mi paciencia.

El corazón de Winter se encogió. Jacin no. Ella no podía quedarse allí y verlos matar a Jacin.

Decidió que rogaría por él, aunque la decisión enfrentaba un problema obvio. ¿Qué podía ofrecer? Nada más que su propia vida, y ella sabía que Levana no aceptaría eso.

Tal vez podría hacer un berrinche. Ponerse histérica. En ese punto no estaría muy lejos de la realidad, y podría distraerlos por un tiempo, pero sabía que solo retrasaría lo inevitable.

Se había sentido impotente muchas veces en su vida, pero nunca así.

Entonces, solo quedaba una alternativa. Pondría su propio cuerpo frente al filo del acero.

Oh, Jacin *detestaría* eso.

Ignorante de la decisión de Winter, Jacin inclinó respetuosamente la cabeza.

—Durante el tiempo que estuve con Linh Cinder descubrí información acerca de un dispositivo que puede anular los efectos del don lunar si se conecta al sistema nervioso de una persona.

Esto provocó una oleada de curiosidad entre la concurrencia. Rigidez de espaldas, inclinación de hombros hacia adelante.

—Imposible —dijo Levana.

—Linh Cinder tenía evidencias de su potencial. Según su descripción, el aparato puede evitar que la bioelectricidad de un terrícola sea alterada. Pero en un lunar impedirá que utilice su don. La propia Linh Cinder tenía el artefacto instalado cuando llegó al baile de la Comunidad. Solo cuando fue destruido ella logró usar su don... como usted pudo comprobar con sus propios ojos, reina mía.

Sus palabras denotaban un aire de impertinencia. Los nudillos de Levana se pusieron blancos.

—¿Cuántos de esos hipotéticos dispositivos existen?

—Hasta donde sé, únicamente el aparato averiado instalado en la propia cyborg. Pero sospecho que solo se requerirían las

especificaciones y los planos para hacer otro. El inventor era el padre adoptivo de Linh Cinder.

La reina comenzó a relajar las manos.

—Esta información es fascinante, sir Clay. Pero parece más un intento desesperado por salvarte que una verdadera prueba de inocencia.

Jacin se encogió de hombros, tranquilo.

—Si mi lealtad a la Corona no puede ser apreciada por la forma en que me comporté con el enemigo, obtuve información y alerté a la taumaturga Mira sobre la conspiración para secuestrar al emperador Kaito, no sé qué otra evidencia puedo proporcionarle, Su Majestad.

—Sí, sí, el mensaje anónimo que Sybil recibió para alertarla sobre los planes de Linh Cinder —Levana suspiró—. Me parece demasiado conveniente que el mensaje que *dices* haber enviado no lo haya visto nadie más que Sybil, quien ya está muerta.

Por primera vez, Jacin parecía desconcertado bajo la mirada fulminante de la reina. Aún no había visto a Winter.

La reina se dirigió a Jerrico Solis, el capitán de su guardia. Al igual que la mayoría de los guardias de la reina, Jerrico hacía sentir incómoda a Winter, quien a menudo imaginaba que el cabello rojizo del muchacho despedía llamas y su cuerpo se prendía fuego como un carbón ardiente.

—Jerrico, tú estabas con Sybil cuando emboscó la nave enemiga aquel día, y aun así dijiste que Sybil no había mencionado ese mensaje. ¿Tienes algo que agregar?

Jerrico dio un paso al frente. Había regresado de su expedición a la Tierra con una gran cantidad de heridas en el rostro, las cuales empezaban a desvanecerse. Fijó los ojos en Jacin.

—Reina mía: la taumaturga Mira confiaba en que encontraríamos a Linh Cinder en esa azotea, pero en ese momento no mencionó

haber recibido ninguna información proveniente de afuera, anónima o de ningún otro tipo. Cuando la nave descendió, fue la taumaturga Mira quien ordenó que Jacin Clay fuera arrestado –Jacin alzó una ceja.

–Tal vez aún estaba molesta porque le disparé –hizo una pausa y agregó–: mientras estaba bajo el control de Linh Cinder, en defensa propia.

–Parece que tienes mucho que decir en defensa propia –observó Levana.

Jacin no respondió. Era el prisionero más tranquilo que Winter había visto en ese salón: él, quien sabía mejor que nadie las cosas terribles que habían ocurrido sobre aquel suelo, en el mismo sitio donde estaba parado. Levana debía de estar furiosa por su audacia, pero su aspecto era simplemente pensativo.

–¿Me permite hablar, reina mía?

La multitud murmuró, y a Winter le llevó un momento distinguir quién había hablado. Era un *guardia*. Uno de los silenciosos ornamentos del palacio. Aunque lo reconoció, no sabía su nombre.

Levana lo fulminó con la mirada, y Winter pudo imaginar que estaba decidiendo entre conceder el permiso o castigar al hombre por hablar cuando no le correspondía. Finalmente, habló.

–¿Cuál es tu nombre y cómo te atreves a interrumpir este proceso?

El guardia dio un paso adelante mirando a la pared, siempre a la pared.

–Mi nombre es Liam Kinney, reina mía, y fui parte del equipo que rescató el cuerpo de la taumaturga Mira.

Alzó una ceja buscando la anuencia de Jerrico; finalmente, este hizo un gesto de asentimiento.

–Continúa –ordenó Levana.

–Cuando encontramos el cuerpo de la taumaturga, descubrimos que tenía una pantalla portátil. Aunque había quedado casi destruida por la caída, se presentó como posible evidencia en el caso de su asesinato. Solo me pregunto si alguien ha intentado recuperar el supuesto mensaje.

Levana devolvió su atención a Aimery, cuyo rostro era una máscara que Winter reconoció. Cuanto más apacible era su expresión, más irritado estaba.

–De hecho, nuestro equipo logró tener acceso a sus últimas comunicaciones –dijo–. Estaba a punto de presentar la evidencia.

Era una mentira, y eso le dio a Winter algo de esperanza. Aimery era un gran mentiroso, en especial cuando le convenía. Y odiaba a Jacin, lo que significaba que no entregaría nada que pudiera salvarlo.

Esperanza. Frágil, endeble y patética *esperanza*.

Aimery hizo un gesto hacia la puerta y un sirviente avanzó de prisa, trayendo en una bandeja una pantalla destrozada y un nodo holográfico.

–Esta es la pantalla portátil que mencionó sir Kinney. Nuestra investigación ha confirmado que efectivamente había un mensaje anónimo enviado a Sybil ese día.

El criado encendió el nodo y un holograma brilló en el centro del salón. Detrás de él, Jacin se desvaneció como un fantasma

El holograma mostraba un mensaje de texto.

**Linh Cinder secuestrará al emperador de
la CO. Planea escape desde la azotea de la
torre norte al atardecer.**

Algo demasiado importante en tan pocas palabras. Justo como era Jacin.

Levana leyó las palabras con los ojos entrecerrados.

–Gracias por su aporte, sir Kinney –fue revelador que no agradeciera a Aimery.

El guardia, Kinney, hizo una reverencia y volvió a su puesto. Antes de fijar la vista en la pared, le dirigió una mirada indescifrable a Winter.

–Supongo que me dirás, sir Clay, que este fue el mensaje que enviaste –prosiguió Levana.

–Así fue.

–¿Tienes algo más que agregar antes de mi veredicto?

–Nada, reina mía.

Levana se reclinó en su trono y el salón quedó en silencio; todos contuvieron el aliento en espera de la decisión de la reina.

–Sé que a mi hijastra le gustaría que te perdonara la vida –dijo Levana.

Winter se estremeció ante la aspereza del tono de su madrastra. Jacin no reaccionó en absoluto.

–Por favor, madrastra –susurró, apenas capaz de formar las palabras alrededor de la lengua seca–. Es Jacin. Él no es nuestro enemigo.

–Quizá *tuyo* no –dijo Levana–. Pero tú eres una chiquilla ingenua y estúpida.

–No es así, reina mía. Soy una fábrica de sangre y plaquetas, y toda mi maquinaria se está congelando...

La corte estalló en una carcajada y Winter retrocedió. Hasta Levana torció los labios, aunque había irritación debajo del aparente júbilo.

–He tomado una decisión –anunció ella con una voz estentórea que demandó silencio–. He decidido... dejar que el prisionero viva.

Winter sollozó de alivio. Se llevó una mano a la boca, pero demasiado tarde como para apagar el sonido.

Hubo más risas nerviosas entre la audiencia.

–¿Tienes otras ideas que aportar, princesa? –siseó Levana entre dientes.

Winter contuvo sus emociones lo más que pudo.

–No, reina mía. Sus sentencias son siempre sabias y definitivas, reina mía.

–Esta sentencia no ha terminado –la voz de la reina se endureció al volver a dirigirse a Jacin–. Tu incapacidad para matar o capturar a Linh Cinder no quedará impune, sobre todo porque tu incompetencia ocasionó que ella tuviera éxito en el secuestro de mi prometido. Por este crimen, te sentencio a infligirte treinta azotes en el estrado central, seguidos de cuarenta horas de castigo. Tu sentencia deberá comenzar a cumplirse mañana al amanecer.

Winter se sobresaltó, pero aun ese castigo no pudo destruir el trémulo alivio en su estómago. Él no moriría. Ella no era en absoluto una chica de hielo y cristal, sino de luz solar y polvo de estrellas porque Jacin no iba a morir.

–Y, Winter... –volvió rápidamente la vista a su madrastra, quien la miraba con desdén– si intentas llevarle comida, haré que le corten la lengua en pago por tu amabilidad.

Ella se encogió de nuevo en su silla, un pequeño rayo de sol extinto.

–Sí, reina mía.